

## CAPITULO XXIV.

Continuacion de la lectura de la cartera. Siguen nuestras escursiones en Lóndres. El Tunel. El palacio de Sydenhan. Museo de Madame Tonson. Hide-Park. Regent Park. Victoria Park. Práctica de sacar á los niños á pasear y respirar el aire libre en los jardines y parques.

Como me lo habia prometido D. Justo, permanecí un mes en Milan paseando, y lleno de goces desconocidos, mas por fin fué preciso que me marchase al colegio que se me tenia destinado.

Todo me causaba una novedad inmensa, de modo, que con solo oír hablar á mi preceptor, de mi viaje, experimentaba ilusiones poco comunes.

Estaba yo muy contento en Milan, y sin embargo á medida que pasaban los dias, y se acercaba el de la marcha, se aumentaba en mi el deseo de que esta se realizase cuanto ántes, por la perspectiva que se me presentaba de conocer nue-

vos países, y los goces que esto me proporcionaria.

No habia hablado aun con D. Justo sobre el punto á donde se me conduciria, y el lugar en que debia permanecer, y tenia por tanto inmensa curiosidad por saberlo; mas por último me atreví á preguntarle, y cuatro dias ántes de emprender la marcha, promoví la conversacion y dije á D. Justo.

Segun todos mis cálculos, creo que pronto debemos partir ¿no es así?

Sí, hijo mio, me respondió, el dia primero del entrante partiremos.

Y ¿para donde?

Para el colegio.

Sí, le respondí con viveza; este es el objeto que me mueve á promover esta conversacion, y quiero me diga lo que pronto sabré prácticamente, es decir: ¿en que país se haya el colegio en que debo entrar, si hay en el muchos niños? si con estos me seria lícito formar amistad, si me seria permitido salir todos los dias, y por último; ¿qué es lo que voy á estudiar?

Y por cierto que me tenias asombrado con no haberme hecho sobre esto algunos indicaciones, me dijo D. Justo: cada momento me figuraba que venias á hacerme algunas preguntas, que por

cierto bien naturales son: pero comprendí al fin que todas las demas cosas te tenian absorto, y no te dejaban tiempo para ocuparte de más; pero puesto que ahora tienes á bien hacérmelas, voy á contestarlas una por una.

En primer lugar, el colegio adonde te conduciré se encuentra situado en una de las poblaciones mas pintorescas de Italia, á saber en Venecia, ciudad formada sobre las aguas del Adriático, y cruzada continuamente por sus canales que le sirven de calles, y por las mas poéticas y vistosas góndolas ¡Oh! vas á ver como te encanta este sitio!

En el colegio donde vas, debes seguir, segun las órdenes que tengo, la carrera de las leyes, serás pues abogado.

Tendrás muchos amigos, porque en el colegio lo que sobran son jóvenes de tu edad, con quien puedes intimarte, esto no se te prohíbe, pero en cambio, serás tan aplicado, que no podrás ménos que atraer sobre tí el cariño y la admiracion de tus maestros. Jamas, Genaro, manifestarás á nadie como has pasado tu infancia, y si alguno sobre esto te interrogare, respóndele que tus primeros años los pasaste en Milan al lado de un tío tuyo y si, por tus padres te preguntasen, dí, que crees que no existen ya.

Estas espresiones me hicieron daño ¡cómo! pregunté á D. Justo, con una violenta agitacion ¿sabeis vos que no existen ciertamente?

Nada sé Genaro; mas bien lo que creo es que viven; pero no es prudente decirlo así, hijo mio.

Y ¿cómo buscarlos entónces le repliqué yo?

Te he manifestado, añadió, que eso no es prudente por lo pronto, mas tarde lo podrás. Volvamos á tus preguntas: me dices ¿si saldrias todos los dias: supongo que nó, ecepto los de fiesta que los pasarás donde gustes, ó bien en el colegio, ó paseando en la ciudad, ó en casa de alguno de tus amigos, ó en casa de una prima mia, con quien te recomendaré, y donde espero te intimarás muy pronto. En cuanto á mí Genaro, solo me verás cada tres ó cuatro meses, unas cuantas horas y... nada mas.

En lo que ménos me habia fijado era, en la idea de que D. Justo, á quien tan tiernamente amaba, fuese capaz de separarse de mí, de manera que sus palabras, hirieron de un modo cruel mi pecho.

—¿Cómo es eso? le dije; ¡Tú, separarte de mí... ¿abandonar al pobre exposito?... Nó, no puede ser! ¡no puedo creerlo!... ¿No me has encargado que te vea como á mi padre? y ¿podré juzgar que mi padre es tan ingrato, que me abandone de-

jándome enteramente solo, en un mundo tan nuevo para mí?..... Ni siquiera lo pienso Justo.

Entonces noté que el pobre se conmovía, pero haciéndose un esfuerzo supremo:

—Genaro, me dijo, es preciso que te abandone hijo mio; pero esto no será mas que un abandono aparente, porque siempre te acompañaré y te tendré presente, cualquiera que sea el lugar en que te encuentres; mas seguirte, no me es posible: en el colegio no entran los viejos como yo, sino tan solo los jóvenes como tú.

Verás cuantos niños hay al parecer abandonados de sus padres y parientes, pero esto no es en realidad; la fuerza de la necesidad es tan solo lo que á esto los obliga.

—No, Justo, repliqué yo entonces; no quiero entrar al colegio: si me es forzoso separarme de tí que eres hoy todo mi consuelo, estudiaré mejor á tu lado, y te prometo aplicarme mucho, pero no me abandones tú tambien, ¡ya que soy tan desgraciado!.....

—Genaro, exclamó entonces D. Justo, ¡te lo ruego! no me hables de ese modo, porque me conmueves inmensamente; leo tus bellos sentimientos, pero no está en mi mano obsequiarlos; resignate con valor á todo, pues llegará el dia en que tus

sacrificios serán ámpliamente recompensados; valor, Genaro!

¿Que hacer en tal situacion? No podia yo resignarme con lo que D. Justo me decia: pero viendo que mis palabras le hacian daño, concluí haciéndome el mas supremo esfuerzo por resolverme á obedecer sin molestarlo ya; tomada esta resolucion, me quedé sumerjido en el mas profundo silencio.

D. Justo lo estaba igualmente ¡ah! su silencio era tan elocuente como el mio! ¡La meditacion embargaba completamente mi alma.....

Los cuatro dias pasaron para mí en la mas acerba inquietud, pues se acercaba el momento en que debía separarme de D. Justo; mi pena y abatimiento eran razonables, pues amaba y con mucha justicia á aquel hombre, que me había servido realmente de padre, y en él tenia yo concentrado todo mi cariño puesto que en el mundo no conocia yo á nadie mas que á él....

Interiormente no podré negar que sentía un amor profundo hácia mis padres; pero como me habian abandonado, y como jamas habia yo gozado de sus caricias, con este afecto se mezclaban varios sentimientos de tristeza y aun algunas veces frialdad, como era natural, cosa que no me

inspiraba D. Justo. Este era un hombre que en cuanto habia estado en su mano se puede decir, habia hecho mucho por disminuir mis sufrimientos y hacer ménos penosas las horas de mi existencia; su conducta para conmigo podria presentarse como un modelo; en su mano estaba el haberme molestado de mil maneras, con solo haber sido ménos reservado conmigo hablando de los encantos de la tierra, ántes que yo hubiera podido gozar de ella, estó me habría causado muchos tormentos haciendo nacer en mí mil deseos que no hubiese podido satisfacer y que me habrian causado muchos sufrimientos, pero no fué así; D. Justo usó siempre de la mayor prudencia, me trató con el mayor cariño, y cuando pudo hacerme feliz, leí en su semblante el gozo inmenso de que estaba poseido. ¡Cuán natural era pues mi cariño!

Llegó por fin el momento de la partida; era la víspera, y como á las ocho de la noche D. Justo me dijo:

Genaro, como lo sabes ya, mañana al amanecer debemos partir, ¡preparate hijo mio á gozar de las dulces impresiones de un viaje!

Efectivamente observé que D. Justo se ocupaba en prepararlo todo para la marcha; yo tambien hice lo mismo. A las once nos acostamos.

El camino debia ser al principio en diligencia, porque en algunos puntos aun no estaba puesto el camino de fierro, como todavía sucede actualmente en Italia.

La hora en que debia salir la diligencia era las cuatro y media de la mañana, y nosotros debiamos estar en pié, una hora ántes, para tener tiempo de desayunarnos ántes de partir.

¡Aquella noche no pude dormir! . . . Poco ántes de la hora designada me llamó D. Justo. Preparate me dijo, y yo pronto lo hice así.

Al rato montamos en un carruaje, abandonando aquella casa que habia sido testigo de mis primeros momentos de placer, y que no podré olvidar jamás.

Llegamos á la casa de diligencias donde encontramos ya preparada ésta, entramos en ella y muy luego partimos.

La mañana estaba fria, D. Justo me habia regalado la víspera una capa muy gruesa, y tuve entónces un verdadero consuelo al cubrirmela.

A las cuatro y media en punto se había dado la señal de partida, y la diligencia rodaba con ligereza.

La oscuridad sin embargo no nos permitia ver nada, y solo pude fijarme en los compañeros de viaje, los cuales se componian de tres jóvenes de

hermosa figura, una señora anciana y una niña pequeña aún: luego el sueño me venció y como aun de nada podia gozar, me quedé profundamente dormido.....

Cuando amaneció, D. Justo me despertó: ¡Vaya un dormilon! me dijo moviéndome suavemente, mira que bella se presenta la naturaleza; despierta, y comienza á gozar de los encantos de esta tierra; en la noche te sobrará tiempo para dormir.

Comprendí que D. Justo tenia razon en lo que me decia y me propuse complacerlo como lo efectué en efecto.

No puedo negar que las bellísimas perspectivas que se presentaron ante mí, alejaronme pronto el sueño, y me proporcionaron ratos deliciosos.

Aquellos dilatados campos que se perdian de vista confundiéndose con las nubes, el frescor de la yerba y el ambiente perfumado me hacian gozar mucho; no podré describir, uno por uno los goces y las impresiones que recibí en este viaje porque nunca concluiría; baste decir que en todo encontraba motivos de gusto: cuando la diligencia se paraba para mudar postas, bajaba en un brinco se puede decir, y recorría yo la estacion y lo que más cerca veía; compraba algunas golosinas con que entretenerme porque en

los viajes se abre muchísimo el apetito, comia pues á cada momento y gozaba todo el dia; tenia tambien un interes particular en informarme de los nombres de todas las pequeñas poblaciones que se encontraban en nuestro tránsito, y en las noches salia yo con el bueno de D. Justo, á recorrer el lugar donde parábamos y luego dormia perfectamente.

Tres dias duró nuestro viaje porque casi todo lo hicimos en diligencia y D. Justo tenia interes en que se alargase el camino para que yo disfrutase por más tiempo.

En algunos trechos tomábamos la maquina de vapor, y es inolvidable la impresion que recibí al comprender la velocidad inmensa con que caminabamos. ¡Oh! viajar en el camino de fierro es muy cómodo!

Nuestros compañeros de diligencia con los que poca amistad formamos, se separaron de nosotros al segundo dia, y en cambio entraron otros nuevos que sucesivamente fueron tambien renovándose; por fin llegamos á Venecia: este país situado en las márgenes del Adriántico, sale de los lagos formados en un terreno plano poco profundo; casi todas las casas se hallan construidas sobre pilares, las fachadas principales miran siempre hácia el canal.

Esta ciudad tan pintoresca tiene el aspecto to mas extraño del mundo; en ella no hay ni ruido, ni polvo, el pié de sus casas descansa en el mar; sus calles son los canales, sus carruajes las gondolas que continuamente surcan por sus apasibles aguas. ¡Ah! cómo no habia de llamar en extremo mi atencion un país tan extraño! verdaderamente me encontraba encantado de él.

Por lo pronto nos fuimos á hospedar á un hotel; hijo mio me dijo D. Justo al poco rato de haber entrado en la ciudad; permaneceremos en este hotel ocho dias, con eso tienes tiempo para recorrer la ciudad en que vas á habitar; durante este tiempo pasaremos por todas partes, mientras doy los pasos necesarios para tu entrada al colegio; el dia 12 del presente entrarás al establecimiento y dentro de tres meses vendré á verte; ¡portate muy bien Genaro, con eso complaceras mis mayores deseos!

Justo ¡por Dios! le dije, no me recuerdes ese dia, porque el viene siempre a amargar mi vida y á turbar mis placeres!.....

—Bien, Genaro, me contestó, no te recordaré ya más los pocos instantes en que debamos vernos, pues á mí tambien me lastima esa imágen.

Ven, añadió, comensemos á aprovechar el tiempo: vamos á conocer algo.

Envió D. Justo por una góndola y pronto colocados muy bien en ella, comenzamos á surcar las apasibles aguas de los canales, é hicimos un paseo general por las principales calles de la ciudad.

Examinaba yo atentamente todos los palacios y edificios notables, los cuales con tanta magestad se levantan del fondo mismo de las aguas. Los otros dias los empleamos en visitar poco á poco los templos y los edificios públicos, los teatros, paseos y sitios de recreo, etc.

Así pasaba el tiempo velozmente y se acercaba el dia en que debia entrar al colegio.

Desde el tercer dia me habia llevado D. Justo á visitar á unas primas suyas, que eran tan buenas como él.

Esta familia se componia de ocho personas, dos hermanas ya grandes, y un hermano casado con una simpática señora, y cuyo matrimonio tenia ya cuatro hijos, dos hombres y dos mujeres: las dos últimas eran las mayores y se llamaban Julia y Sofía, Julia tenia 15 años, y 13 Sofía, ambas eran unas criaturas bellísimas; cierto es que en Italia es muy comun encontrar tipos muy hermosos, pues éstas eran dos angeles!

Desde que D. Justo me presentó, fui recibido